

Instantes de autonomía intelectual. Eduardo Suárez, reformista del gobierno de *Don Dinero*

Carlos San Juan Victoria*

Traigo a cuento una historia pequeña, pero sustantiva: la de un personaje casi olvidado: Eduardo Suárez Aránzolo (1894 -1976). Suárez participó en el esfuerzo de la “década sonorensis” (la de 1920) por construir el nuevo Estado posrevolucionario y, cuando ocurrió un cambio “de época” con el cardenismo, convirtió al gasto público en el motor capaz de remontar las crisis e impulsar el crecimiento de una economía de mercado, pero regulada, con derechos sociales y orientada al fortalecimiento de la nación.

Las marcas del tiempo

Por edad y escuela, Eduardo Suárez Aránzolo fue parte de la generación donde brillaron *los Siete Sabios* y el grupo más amplio cohesionado en la Sociedad de Conferencias y Conciertos, y que a raíz de la publicación del pequeño libro *1915*, de Manuel Gómez Morín (1927), sería conocida como la Generación de 1915. Bajo la sombra de la Generación del Ateneo, en particular de José Vasconcelos y Alfonso Reyes, quienes vivieron el desgarramiento revolucionario y simbolizaron el nuevo ímpetu cultural revolucionario, los jóvenes del '15 no participaron en forma activa, sino en la recreación de los vínculos entre cultura y nuevo poder que empezó a cultivar don Venustiano Carranza con sus “embajadores poetas”, y luego la troika De la Huerta, Obregón y Calles, en cuyos periodos estos jóvenes tuvieron acceso a la burocracia (Gómez Mont, 2008: 91).

Entre ellos destacaban Luis Montes de Oca (ministro de Hacienda entre 1927 y 1932), Miguel Palacios Macedo (asesor en Hacienda y en el Banco de México), Narciso Bassols (ministro de Educación Pública y de Hacienda), y sobre todo Manuel Gómez Morín (Hacienda y Banco de México), entre muchos otros. “Retoños del carrancismo”, los llamó un iracundo Vasconcelos en 1927 (carta de José Vasconcelos a Manuel Gómez Morín, 2 de febrero de 1927), pues se mantuvieron fieles al constitucionalismo y, sobre todo, al grupo Sonora (*ibidem*: 91).

Además, los nombrados fueron abogados convertidos en economistas por la fuerza de las circunstancias y ayudaron a restablecer el vínculo del Estado con el “gobierno del dinero”; es decir, con la cantidad y calidad de moneda en circulación y los precios de los créditos, tanto para los privados como para los gobiernos. Esa regulación del dinero fue y es uno de los elementos constitutivos del Estado capitalista moderno:

* Seminario de México Contemporáneo, Dirección de Estudios Históricos, INAH (paisdenubes@gmail.com).

En Maquiavelo se habla de consentimiento y coerción, el liderazgo moral y el uso de la fuerza [...] Entre esta bipolaridad hay un área gris (fraude, corrupción, control mediante el dinero y la finanzas) que genera también poder y, por tanto, capacidad para dirigir un sistema de Estados. Pero sin el liderazgo moral, sin la fundamentación moral y política, sus intereses serán “privados”, no “universales” (Arrighi, 1999: 44).

¿Cómo restablecer ese vínculo construido por *los Científicos* y Limantour a la cabeza durante el porfiriato, el cual trataba de conciliar las necesidades de los grandes inversionistas de las exportaciones e importaciones y a los grandes conglomerados nacionales de bancos, industrias y haciendas, en la primera experiencia exitosa de expansión capitalista y del Estado fuerte? ¿Cómo hacerlo con las promesas de la Constitución de 1917, respecto a lograr la independencia económica nacional y atender los derechos sociales, asunto este último nunca tocado en las experiencias estatales del siglo XIX, tanto mexicanas como del mundo? En efecto, en la cristalización conservadora impulsada al final por Plutarco Elías Calles, el problema sólo tenía un lado: lograr mayores recursos para invertir en los nuevos grupos privilegiados y un “goteo” hacia las demandas sociales y los grupos subalternos. Pero el desafío originario de la Constitución de 1917 resurgió en su totalidad con el cardenismo, cuando un golpe de timón en la cúpula del Estado y oleadas de movilización social lo colocaron otra vez en el centro de atención.

Mundo y nación en tránsito

Nacido en 1895, hijo de un notario hidalguense que llegó a residir a Texcoco (Suárez, 1977: LXI), Eduardo Suárez se formó en las mejores escuelas de ese periodo: la primaria en el Colegio Williams, donde estudiaría años después Octavio Paz; la preparatoria en la Nacional, orgullo del positivismo, y la licenciatura en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.¹

En esa convergencia global y nacional que fueron el porfiriato y la *belle époque*, el “gobierno del dinero” debía favorecer los flujos de intercambios entre el mercado mundial y el modelo exportador (minero, petrolero y de productos agrícolas), así como los requerimientos de moneda estable y suficiente, aparte de los créditos accesibles demandados por los grandes conglomerados del mercado

interno (cerveza, textiles, haciendas asociadas con bancos y redes comerciales), y atender a los muy diversos mercados regionales. Los propósitos eran definidos: asegurar que la moneda tuviese un valor seguro y estable, y propiciar créditos a buen precio. Las reglas resultaban muy precisas: crear instituciones como el Banco de Inglaterra (*The Old Lady*) que dieran certidumbre monetaria; revisar que los billetes tuvieran respaldo en metálico por los emisores; garantizar un tipo de cambio fijo que evitara pérdidas inflacionarias o por diferencias graves en los precios internos y externos; que aumentara o redujera el circulante y los créditos según creciera o se deprimiera el comercio externo. Ese banco no era privado, sino un Banco Central que debía contar con la suficiente autoridad y autonomía sobre los gobiernos para contener sus ansias de gasto y revisar sus cuentas (Smith, en línea).

Eduardo Suárez y los miembros de la generación del ‘15 aprendieron esta “ortodoxia” por la experiencia, el autodidactismo y, de manera muy marginal, por estudios formales. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial y la posterior crisis mundial de 1929 transformarían esta concepción, donde la prioridad era la estabilidad de precios y se empezaron a favorecer el crecimiento y a reconocer los derechos sociales. Fueron modificaciones que ocurrieron de manera simultánea en varias regiones del mundo: a veces con cabeza marxista (las varias islas del socialismo realmente existente); en otras con cabeza keynesiana (Inglaterra) y en unas más con cabeza pragmática y acosada por las urgencias del momento, las cuales se iban creando sobre la marcha, en México como en muchos otros países, orientados por la intervención de los gobiernos para sustituir o regular a un capitalismo en crisis.

La nación también era un flujo de transformaciones. Desde Madero, Huerta y el carrancismo (1911- 1915) se hizo manifiesto que ya no se podría gobernar sin atender la “cuestión social”, la cual a veces afloraba como rebelión popular y en otras como una diversidad de agrupamientos políticos insólitos: convergencias de militares, notables regionales, líderes obreros, milicias campesinas, ligas agrarias, movimientos inquilinarios. Además, se debía atender tanto a los poderosos empresarios internacionales del sector exportador, a las familias oligárquicas mexicanas, como a una gran masa de productores industriales y agrarios orientados al mercado interno. Para gobernar se requería atender a esa coalición social más extensa que la del porfiriato tanto en propietarios como en productores y trabajadores rurales y urbanos.

¹ Justo en el último resplandor de la globalización inglesa (1815-1915), que educó a las naciones (ex colonias del XIX) en los gobiernos mínimos y de libre cambio.

La década de 1920 y parte de la de 1930 vivieron esa paradoja de una nación en vilo, atrapada por su despertar revolucionario, el miedo a las “clases peligrosas” y las cristalizaciones conservadoras que intentaban depurar a la coalición social extensa, como la vivida con el último Calles. Uno de los varios síntomas de esa contradicción fue la siguiente: afloraban los muchos Méxicos y a la vez se fortalecía su espacio centenario, la gran ciudad de México, donde vivían un millón y medio de los 16 millones de mexicanos de entonces. Allí se criaron esas generaciones de clases medias que se formaban en las escuelas “de élite” del momento. En la década de 1920 se vivían ambientes radicales que convirtieron al Jockey Club en la Casa del Obrero Mundial, pero también una especie de restauración social donde las incursiones de campesinos armados y con Vírgenes de Guadalupe cosidas en los sombreros dieron paso al regreso de las buenas familias del “Todo México”. La avenida Madero se convertía otra vez en el punto de encuentro de burócratas de alto nivel, generales, intelectuales, periodistas, migrantes europeos y de Oriente Medio. El Globo, el Lady Baltimore, La Esmeralda, el Cine Palacio, volvían a ser el centro de reunión de la pequeña pero intensa vida pública.

Cuando esa generación del ‘15 terminó sus estudios e inició por muchas vías su ascenso a los gobiernos, tuvo como referente de “México” a esa pequeña urbe con su tráfico de coches, con una prensa que giraba en torno a los apoyos o críticas a los gobernantes en turno, la transformación “estadounidense” de la vida cotidiana y el regreso de una *belle époque* encerrada en unas cuantas cuadras del centro. Un espíritu burlón decía así de aquel tiempo: “Era la época de los ministros gourmets, comodines, festivales” (Novo, 1964: 36). Revolución y restauración se mezclaban.

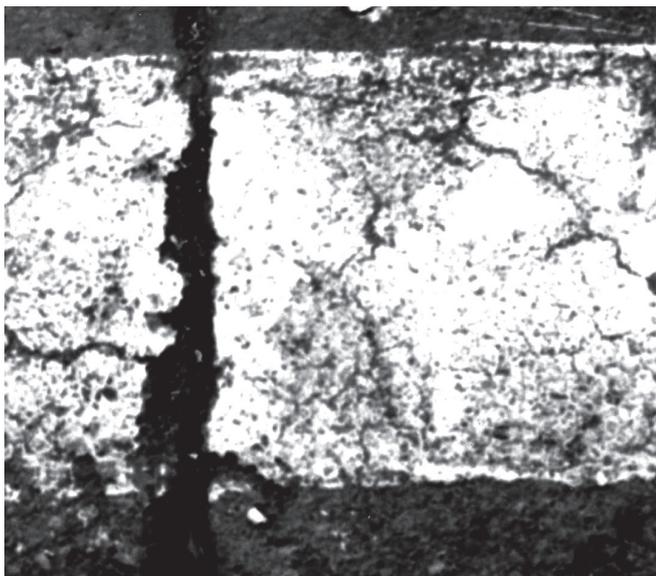
Volver a gobernar a *Don Dinero*

La complejidad de esa realidad híbrida se asomaba también en los diversos aparatos de gobierno. En el ejército federal había un corte entre la milicia profesional de Díaz y las fuerzas populares, luego convertidas en Ministerio de Guerra, donde la tropa y los niveles de mando se nutrían en forma extensa con los recién llegados. La flamante Secretaría de Educación Pública avanzaba en un sistema de atención masiva con nuevos contenidos y métodos que penetraban en ciudades y regiones rurales. En las instituciones dedicadas al “gobierno del dinero” (Hacienda y más tarde el nuevo Banco de México) afloraba cierta continuidad con el pasa-

do, alimentada por el grupo medio de los técnicos que no se podían sustituir, “altamente competentes y con espíritu de cuerpo” (Suárez, 1977: 103). Otra vertiente, ya en los puestos de mando, se nutría con los jóvenes de la generación del ‘15 y con un personaje puente, más grande que ellos, que vivió la Revolución armada, eficiente, pragmático y gran reformador: el ingeniero Alberto J. Pani.

Erradicada la alta burocracia porfirista y con De la Huerta como presidente interino, se nombró secretario de Hacienda a un norteño revolucionario, Salvador Alvarado, identificado con el ala izquierda del constitucionalismo, promotor de una reforma agraria y laboral radical en Yucatán, quien tomó como su secretario particular, con base en una recomendación, a Manuel Gómez Morín, la lumbrera de la generación del ‘15. De igual forma ocurrió con el gobierno del Distrito Federal, donde Celestino Gasca, nombrado secretario de Gobierno, reclutó al grueso de esa generación (Gómez Mont, 2008: 91). Los vacíos en los puestos de mando se empezaron a llenar con estos jóvenes de la generación del ‘15, que una década después estarían al mando de las instituciones monetarias y de la hacienda pública.

Este relevo generacional no significaba otro modo de “gobernar al dinero”. Su referente central era que la moneda debía ser un valor cierto y estable. Aún no llegaba la revolución intelectual, que implicó considerarlo también como un medio para la creación de riqueza. Con esos instrumentos el constitucionalismo realizó, sin embargo, tareas en apariencia sólo económicas pero que restablecían la soberanía del nuevo poder. En un tránsito complicado se fueron suprimiendo los 21 tipos de billetes surgidos durante el periodo armado de la Revolución, además de las monedas de oro y plata, hasta llegar al papel moneda único expedido por el Banco Central en un proceso que duró años, de 1925 a 1932. Se depuró a la banca comercial y se estableció el citado Banco Central, encargado de gobernar la cantidad de dinero en circulación, vigilar el funcionamiento de la banca privada y regular el crédito bancario (Tello, 2007: 101). No se suspendió el cobro de impuestos a las grandes empresas del “modelo exportador” que financiaban al constitucionalismo desde Carranza, y se iniciaron las inversiones públicas en infraestructuras para la economía de mercado con un sesgo a favor del norte del país, de los medianos y grandes propietarios. En una dura batalla para defender los endeblés ingresos fiscales, las reservas internacionales afectadas por las crisis del mercado mundial y el ejercicio de los primeros gastos en infraestructuras de riego y caminos, se fue



reconstruyendo la hacienda pública (Cárdenas, 1994: 33-42). Era una tarea de soberanía contar con la autoridad y la fuerza para cobrar impuestos, gastar los dineros públicos y hacer circular una sola moneda.

Reformar al gobierno del dinero

Para atender los reclamos de la coalición social extensa, orientados hacia un desarrollo nacional autónomo, era imprescindible reformar las funciones de dos instituciones centrales, el Banco de México, concebido como guardián de la estabilidad, y una hacienda orientada a lograr “presupuestos nivelados”. El gran aporte de la generación del ‘15 fue que reconstruyó y creó esas instituciones, si bien su limitación extrema se reveló en el modo de afrontar la crisis de 1929 y, luego, en su incapacidad para entender y atender las exigencias de esa coalición social extensa para lograr el desarrollo. Es decir, el crecimiento y la redistribución a la vez. Tanto por el aprendizaje de la ortodoxia financiera del patrón oro como por la experiencia de hiperinflación, por el exceso de billetes de diversos emisores, vivida en los años revolucionarios, Luis Montes de Oca, Manuel Gómez Morín y Palacios Macedo afrontaron de manera equivocada la depresión económica que desde 1927 se empezaba a manifestar y que arreció en aquel 1929. Ante la brutal reducción de la economía de mercado (cayeron las exportaciones, las reservas internacionales del Banco de México y la oferta monetaria en el país) el entonces ministro Montes de Oca y sus asesores crearon el “Plan Calles”, que consistía en un *shock* de contracción monetaria para sostener el tipo

de cambio. Se redujo la acuñación de plata y la emisión de billetes, la “nivelación presupuestal” arrojó un superávit de 30 millones de pesos (Cárdenas, 2008: 255) y se generó una situación de escasez extrema de moneda, al grado de que regresó el trueque (*ibidem*: 249).

A partir de 1932, y en coincidencia con una reactivación del sector externo (plata y petróleo), se inició un periodo de crecimiento ayudado por el cambio de política. Entre 1932 y 1940 el producto interno bruto (PIB) creció a una tasa anual de 5.6% (Moreno, 2010: 122). El regreso de Pani a Hacienda, en 1932, inauguró el crecimiento de la moneda y de los billetes respaldados por la plata, que para 1935 continuó el ministro Suárez, durante el gobierno de Cárdenas. También se abrió un periodo en que, en lugar de sostener el tipo de cambio, se introdujeron flotaciones que lo devaluaron y crearon un “proteccionismo cambiario”, el cual contribuyó a la industrialización del país. Entre 1929 y 1939 las importaciones se encarecieron 91%. En el periodo de 1932 a 1940 la industria, de manera especial la textil, creció a una tasa de 8.1% anual (*ibidem*: 119).

La mano pesada de Eduardo Suárez

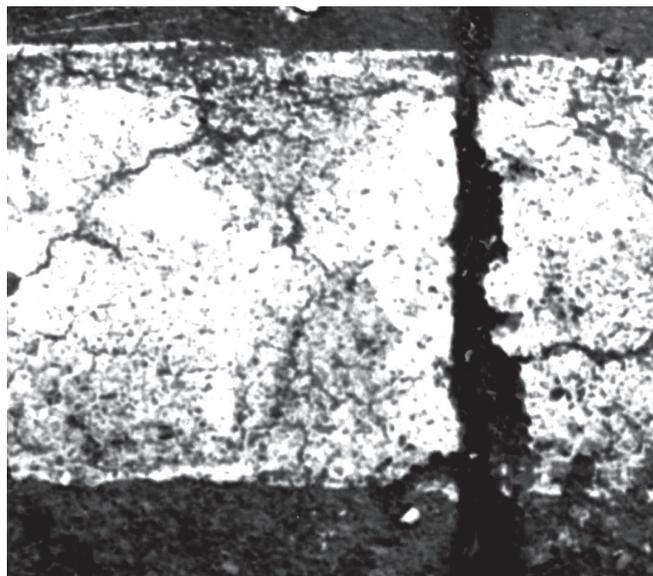
La orientación explícita del cardenismo, ya reflejada en el Plan Sexenal, de iniciar grandes inversiones económicas y sociales, encontró en Eduardo Suárez a un arquitecto financiero que por primera vez reorientó la acción institucional de Hacienda y, de manera muy inteligente, del reticente Banco de México en manos de sus compañeros de generación, para convertirlo en el proveedor de recursos para un país con una base gravable endeble y sin acceso a los mercados de capitales externos, pero también en los instrumentos para ejercer un gasto que respondiera a las exigencias productivas, sociales y expropiatorias necesarias para lograr la autonomía nacional. Entre 1934 y 1940 el gasto público casi se triplicó, al pasar de 265 millones de pesos a 604 millones, aunque sin aumentar impuestos ni generar más deuda que los bonos de tesorería pagados en su totalidad a lo largo de 1941 (Cárdenas, 2008: 254).

¿Cómo se logró esto? Suárez maximizó los impuestos ya existentes, en particular los de las empresas exportadoras extranjeras. Fue de hecho un ejercicio de soberanía donde se acordó otro modo de calcular sus ingresos (en referencia con los precios mundiales de sus productos y no con los registros de compraventa realizados a sus filiales y, por tanto, reducidos), lo cual significó un incremento

sustantivo de la renta pública. Continuó con la política de crear bonos gubernamentales que colocaban los bancos ante sus clientes, a modo de financiar la obra pública en caminos, generación de electricidad, irrigación, construcción de presas y canales y vías férreas (Suárez, 1977: 79). Asimismo utilizó los sobrantes que una muy buena administración presupuestal le permitió generar desde el primer año de su gestión. Con el primer año de gobierno Cárdenas contó con un superávit de treinta y tantos millones de pesos, entre un presupuesto de cerca de 400 millones. De inmediato el primer mandatario ordenó invertirlo en obra pública (*ibidem*: 106-107). Con esta inversión productiva se aumentaba el capital del país, el empleo y, por el efecto multiplicador de la misma, la demanda interna. La convicción era que el gasto en inversiones productivas (infraestructuras económicas y sociales) multiplicaría los ingresos de todo esfuerzo privado asociado con ello y que, por tanto, aumentaría la recaudación de impuestos: “El gobierno ha considerado que, por el fenómeno de la inversión, el dinero, sin dejar de ser signo de cambio, es un vigoroso agente para la creación del capital”, dijo ante unos asombrados banqueros reunidos en convención (*ibidem*: CIII).

Tal vez su tarea más ardua y de amplias consecuencias estratégicas para financiar al Estado a largo plazo haya consistido en superar la “pasividad” crediticia del Banco de México y hacer que acompañara el paso reformista de Cárdenas, asunto que lo enfrentó con los miembros hacendarios de su antigua generación del '15. Los años clave fueron 1937 y 1938, cuando el crecimiento desatado desde 1932 fue amenazado por una nueva crisis de la economía estadounidense, sumada a oleadas de luchas agrarias y sindicales que acentuaron las reformas sociales y, al año siguiente, por su empalme con la conmoción de la nacionalización petrolera, la fuga de capitales y el boicót de las empresas petroleras y de sectores del gobierno de Roosevelt.

Ante un cardenismo expansivo, en 1936, en un alarde de autonomía, Palacios Macedo y su grupo reformaron la Ley Orgánica del Banco de México, a fin de reforzar su función “pasiva” ante el circulante, el crédito y el financiamiento al gobierno, pues temían que el circulante se recalentara por el incremento del gasto. Sin embargo, hicieron la concesión de duplicar el crédito al gobierno federal, de 5 a 10%, con la intención de cubrir los “sobregiros” del gasto (Cárdenas, 2008: 252). Eduardo Suárez aprovechó la presión social desatada por las grandes



expropiaciones agrarias de La Laguna y de Yucatán, en demanda de apoyos crediticios a ejidatarios, para abrirse camino hacia un nuevo acuerdo con el banco central.

De ahí que, en el año de 1937, el gasto público se excediera 90 millones, lo que sobrepasó los 40 millones “legales” correspondientes a un presupuesto de 400 millones. Esto afectaba a 20% del presupuesto, pero sólo representaba 1.3% del PIB (Suárez, 1977: LXXX), lo cual dio origen a una fuerte fricción con el cuerpo directivo del Banco de México. Sin embargo, Suárez no podía parar. La crisis de 1937 resultó casi tan intensa como la de 1929 y se combinó, en 1938, con crecientes fugas de capitales. Era la guerra económica por la nacionalización petrolera, la cual afectó a las reservas internacionales de divisas. Suárez abrió negociaciones con el Banco de México, que en diciembre de 1938 aceptó otro modo de proceder ante el déficit del gobierno. Un modo “activo” donde se comprometía a cubrir los “sobregiros” a cambio de la emisión gubernamental de los llamados “bonos de tesorería” que se empezaron a emitir a partir de 1939. Así, el Estado reformista rompió el cerco monetario conservador, sin que por ello se diera un incremento exponencial de su deuda. Al contrario, en 1941 se liquidaron todos los bonos de tesorería del gobierno cardenista (Cárdenas, 2008: 253).

La otra gran innovación de Eduardo Suárez fue la aplicación de una política muy diferente a las empleadas por sus colegas de generación ante la crisis. En 1937 y 1938, ya con la crisis encima, incrementó el gasto público y sobrepasó 13% el presupuesto original; tampoco se aferró a mantener la estabilidad del tipo de cambio, al costo de entregar las

reservas a las especulaciones y las fugas. Puso el peso en flotación, como ya lo había hecho en 1932 Alberto J. Pani. En 1938 la moneda se devaluó de 3.6% a 4.5 y llegó a 5.2 pesos por dólar en 1939. A cambio, el crecimiento de la economía no cayó, el PIB creció 1.6%, mientras que la industria lo hizo 4%. Entre 1929 y 1932 los decrementos fueron brutales, de 6.3%. Gracias a ese periodo continuo de crecimiento, de 1932 a 1940 se vivió una transformación sustantiva de la economía de mercado, que desde el porfiriato tenía como sector líder al exportador. Durante ese periodo la industria y el mercado interno pasaron a ser el eje del crecimiento (Haber, 1992: 213).

Éste constituyó un aspecto decisivo en la actuación de Eduardo Suárez, quien distinguía con claridad dos aspectos del gasto expansivo: por un lado, su capacidad de remontar las crisis, y por el otra, la necesidad ineludible, para un país subdesarrollado como México, de estimular las capacidades productivas y lanzar procesos largos de desarrollo. Al predicar con la acción, Suárez rehabilitó a Nacional Financiera hasta convertirla en una fuente abundante de recursos para la inversión productiva e intervino en la creación de empresas clave como Altos Hornos, Atenquique, Guanos y Fertilizantes, Cobre de México, Ingenio de Zacatepec, entre otros. En esos años la orientación productiva cambió la composición del gasto público. Si se comparan dos periodos, el de 1929 a 1934 y el de 1935 a 1940, el gasto militar y administrativo, que era el mayoritario, pasó de 60 a 44%, mientras que el gasto social subió de 15 a 18% y el económico se incrementó aún más, de 25 a 38%.

Desde una inteligencia pragmática, sin más ideología que las exigencias del momento liberadas por las reformas cardenistas, Eduardo Suárez, un lector tardío de Keynes, “inventó” en colaboración con varios de sus colegas y sobre la marcha una diversidad de soluciones que llevarían a fundar el Estado intervencionista, promotor del desarrollo y constructor del Estado de bienestar, “a la mexicana”. Un momento de autonomía intelectual y creativa. ¡Qué paradoja! Mientras que las lumbreras de su generación quedaban atrapados en una modernidad que moría, atentos a las lecciones de los asesores anglosajones, llamados en la época los *Money Doctors*, el pragmático y flexible señor Suárez, el eterno fumador de Luckys, enamorado crónico de la belleza femenina, la buena comida y los mejores vinos, creó la respuesta mexicana a una situación global que ya estaba generando otra modernidad, incluso en la propia Inglaterra que, desde 1910, ensayó el seguro

contra el desempleo, y en Estados Unidos, que en 1933 estrenaba un nuevecito Nuevo Trato (*New Deal*). Tal vez por ese detalle ahora no se le recuerda, mientras que el ITAM, entre otras instituciones conservadoras de nuestro presente, celebra las discrepancias y razones de sus colegas conservadores.

Bibliografía

- Arrighi, Giovanni, *El largo siglo xx: dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, Akal, 1999.
- Cárdenas, Enrique, *La hacienda pública y la política económica, 1929-1958*, México, FCE, 1994.
- _____, “El mito del gasto público deficitario en México”, en María Eugenia Romero (coord.), *Algunos debates sobre política económica en México, siglos XIX y XX*, México, UNAM, 2008.
- Gómez Mont, María Teresa, *Manuel Gómez Morín 1915-1938: la raíz y simiente de un proyecto nacional*, México, FCE, 2008.
- Gómez Morín, Manuel, *1915*, México, Cultura (Cuadernos Mexicanos, 1), 1927.
- Haber, Stephen, *Industria y subdesarrollo, la industrialización de México, 1890-1940*, México, Alianza, 1992.
- Moreno Bird, Juan Carlos y Jaime Ros, *Desarrollo y crecimiento en la economía mexicana, una perspectiva histórica*, México, FCE, 2010.
- Novo, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Empresas Editoriales, 1964.
- Smith Vera, *El desarrollo de la banca central en Inglaterra y el sistema escocés*, en línea [http://www.eumed.net/coursecon/textos/Vera_Smith-banca.pdf].
- Suárez Aránzolo, Eduardo, *Comentarios y recuerdos (1926-1946)*, México, Porrúa, 1977.
- Tello, Carlos, *Estado y desarrollo económico: México 1920-2006*, México, UNAM, 2007.

